

# Proyecto de Documento Básico

## I) Introducción

Un conjunto de personas provenientes de diversos sectores de la actividad gremial y política, hemos coincidido en una preocupación y en un propósito común: la búsqueda de un camino que permita encauzar a nuestro pueblo en la tarea de construir una sociedad socialista, cuyas estructuras permitan alcanzar niveles superiores de vida, y en cuyo seno se asegure el desarrollo total de la última realidad social, que es cada uno de los hombres que la integran.

Para construir esa sociedad es necesario luchar contra los defensores de la organización actual en un doble frente: internamente contra los mantenedores del capitalismo; en el orden de las relaciones internacionales, para liberar al país de la tutela del imperialismo norteamericano.

Imperialismo y capitalismo son las dos vertientes de una misma realidad contra la cual se dirige nuestra acción.

Para realizar estos propósitos es necesario lograr la conjunción política de un amplio movimiento de masas anti-imperialista y anti-oligárquico, con la acción persistente y organizada de todos aquellos militantes y fuerzas de izquierda que creen efectivamente en la necesidad de un frente anti-imperialista unido, expresada en la II Declaración de La Habana y reiterada en todas las resoluciones de la Organización Latino Americana de Solidaridad.

Para desarrollar esa conciencia política de nuestro pueblo, debemos tener presente sus problemas y particularidades; sólo será posible construir una nueva sociedad si se logran aunar en un frente común dichas fuerzas populares. Este proceso por otra parte, debe cumplirse en el marco de la lucha que siguen los pueblos de Asia, Africa y América Latina contra el capitalismo y el imperialismo.

Este documento, en tanto que punto de partida sólo incluye lo que consideramos una definición ideológica primaria. Hemos preferido que la misma no resulte de una definición explícito de principios teóricos, sino de las apreciaciones sobre la realidad social y de los métodos de acción con que la organización luchará para transformar dicha realidad. Las definiciones deben irse perfeccionando como resultado de la acción política práctica, del estudio del pensamiento político y de la experiencia que resulta de los movimientos populares y procesos revolucionarios de otros países.

## II) Características Generales del Medio Nacional

Uruguay presenta algunas características que lo distinguen del resto de Latino América. El nivel

relativamente alto de industrialización logrado en la primera mitad del siglo, y la también alta disponibilidad de tierra útil por habitante, unido a la ausencia de problemas ecológicos, climáticos, raciales, etc., permiten que el país tenga uno de los niveles de vida más altos del continente.

No obstante que en el último decenio perdió toda dinámica el proceso de desarrollo económico, la baja tasa de crecimiento que caracteriza a nuestra población ayudó a que dicho nivel de vida se conservara; el envejecimiento social relativo que resulta de este comportamiento, explica que el país se manifieste muy poco dinámico en todos los aspectos sociales, más apegado a la seguridad que al cambio.

La baja tasa de natalidad constituye uno de los muchos elementos que diferencian a nuestro país del resto del continente americano, el cual se caracteriza por el acelerado crecimiento de su población y por una dinámica social más pronunciada.

Aplicada dicha tasa de natalidad a una población muy reducida, tales características demográficas repercuten en el orden económico traducidas bajo la forma de una demanda débil, la cual contribuye a mantener el atraso tecnológico y la carencia de industria pesada.

El batllismo constituyó, en la primera mitad del siglo, una fuerza en algunos aspectos muy progresista, la cual hizo avanzar al país en su proceso de industrialización y estatizaciones. Sin embargo, en el correr de los últimos veinte años las empresas estatales debieron soportar la política ocupacional seguida por el gobierno, en virtud de la cual todo el sector público constituye la válvula de escape que oculta el desempleo originado por el estancamiento del sector privado. Se redujo así la productividad de dichas empresas hasta desacreditarlas ante la opinión, que las ve como una forma más de distribuir los cargos burocráticos según la adhesión política.

La política batllista no afectó la estructura agraria, la cual, siguiendo una evolución natural, agudizó los problemas derivados del latifundio y por lo tanto del minifundio. El país continuó dependiendo económicamente de los estímulos exteriores; su crecimiento siguió condicionado por su demanda externa y hasta ahora no se han logrado exportar en cantidades significativas sino los bienes producidos en el sector agropecuario — cuya productividad, siendo baja, es superior a la de los demás sectores. La economía nacional en definitiva, sigue estando basada en el sector agropecuario, sector que permaneció ajeno a todo el proceso de modernización que impulsó el batllismo.

El desarrollo económico del país continuó dependiendo de su sector externo, de su capacidad para importar los bienes y los insumos necesarios para abastecer la demanda interna y movilizar al sector

OLAS

industrial. Salvo los períodos cortos de conflictos bélicos, durante los cuales aumentaron los precios de nuestras exportaciones y, por lo tanto, la capacidad para importar, ésta ha ido disminuyendo progresivamente, como consecuencia de los términos del intercambio secularmente desfavorable para nuestras materias primas, y especialmente porque los saldos exportables por habitante son decrecientes. El sector agropecuario, en definitiva, constituye el punto de estrangulamiento para el desarrollo del país y ningún gobierno ha sido capaz de afectar los intereses que se apoyan en el mismo.

Cómo consecuencia, a partir de 1957 se inició un proceso de crisis, el cual, por ser de origen estructural, no tiene la espectacularidad de las crisis coyunturales. La estructura productiva, especialmente la agraria, ahoga el desarrollo del país; el estancamiento se traduce en inflación y la clase dirigente no ataca las causas de la crisis —la estructura productiva— sino que se limita a contener sus manifestaciones, a combatir la inflación, sin mayor éxito, con los instrumentos monetarios (1).

Toda política estabilizadora que en vez de recurrir al aumento de la oferta se limita a ocultar las causas de la inflación abatiendo la demanda, afecta los intereses populares pues disminuye la ocupación y, con ésta, el salario real. Por tal motivo, para aplicar dicha política, debió ser aumentada la capacidad de represión del gobierno.

Un largo apego a los formulismos jurídicos y la acción decidida del movimiento popular, evitaron que el proceso de política fondomonetarista desembocara en un golpe de estado —tal como ocurrió en otros países latinoamericanos; pero la necesidad de las clases dominantes de instrumentar la política fondomonetarista mediante un gobierno fuerte, coadyuvó a la sanción de la constitución vigente.

Los sectores dirigentes de los partidos agrupados bajo los lemas tradicionales Blanco y Colorado, prometen para el largo plazo, según el esquema desarrollista, los cambios estructurales que en la práctica evitan. Dichos sectores están igualmente ligados con los intereses del Imperio y del latifundio.

Si los partidos que gobernaron bajo el lema Blanco seguían abiertamente las directivas del Fondo Monetario, y su política antipopular determinó su derrota, los partidos que responden al lema Co-

lorado ya han demostrado con el proyecto de Ley de Emergencia y las últimas medidas económicas, que continuarán intentando una estabilización por la vía monetaria, revestida de una aparente política progresista de largo plazo.

No es posible preveer, por lo tanto, que el país transite el camino hacia un capitalismo avanzado o maduro, pues ni su dimensión económica facilita la evolución, ni el sector que podría constituirse en elemento dinámico del tránsito, el sector agropecuario, está dispuesto a modificar su estructura (2).

Los grupos colorados que gobiernan actualmente deben enfrentar problemas muy serios, como son, principalmente, una balanza de pagos desequilibrada, no sólo debido a su déficit estructural sino también por el vencimiento de las deudas externas que constituyen el resultado de una política suicida seguida por el anterior gobierno; una inflación incontrolada; una iliquidez del sector privado —provocada como remedio para evitar la inflación— que repercute en la Tesorería y crea importantes demoras en el pago de los sueldos de los funcionarios públicos, etc.

Las condiciones del país, en consecuencia, hacen urgente la tarea de organizarnos políticamente y de promover la formación de un frente que agrupe a los lesionados por la política oligárquica.

### III) La Lucha Antimperialista

La lucha antimperialista debe proyectarse teniendo especialmente en cuenta la creciente interrelación del proceso político mundial, el notable incremento de la agresividad de los EE. UU., las diferentes actitudes que asumen los países socialistas a este respecto, y la evolución de la importancia de Latinoamérica de la política de los EE. UU.

La interrelación del proceso político mundial, a partir de la última gran guerra, se ha acentuado, especialmente en Latinoamérica, por cuyo motivo la solidaridad efectiva con los movimientos de liberación constituyen el objetivo primordial que debe ser cumplido. El concepto de "fronteras ideológicas", promovido por el militarismo argentino, gana terreno, y la presión de los EE. UU. para internacionalizar el aparato contrarrevolucionario es creciente.

La hora actual se caracteriza por un formidable

empresarios rurales, periódicamente empuja al alza al tipo de cambio para que el sector, no obstante su producción declinante, los precios externos desfavorables y los internos en constante aumento, mantenga o aumente su remuneración real. La devaluación cambiaria, a su vez, repercute inmediatamente en los precios de los productos importados, y mediatamente, a través de los insumos y bienes de capital, en toda la economía (costos, salarios, precios, etc.) actuando como amplificador monetario del desequilibrio de origen estructural.

(2) En caso de que esta previsión no se cumpliera, si bien los objetivos socialistas de las fuerzas de izquierda permanecen incambiados, obviamente sería necesario modificar la estrategia política en correspondencia con el cambio de las circunstancias económicas y sociales.

(1) El proceso inflacionario que sufre el país es de naturaleza típicamente estructural: una demanda rígida, que crece en relación directa al aumento de la población, tropieza con una oferta declinante; en el decenio 1956-1966, el Producto Bruto Interno por habitante disminuyó un 9%. El sector agropecuario tiene una doble responsabilidad en el proceso inflacionario: en primer lugar, porque debido a los problemas de tamaño (latifundio y minifundio) y tenencia (arrendamientos, medianería, etc.) de los predios, no absorbe la tecnología que le permitiría incrementar la producción; como del producto agropecuario depende la capacidad del país para importar, el proceso inflacionario se origina en el sector agropecuario y se manifiesta a través de la balanza comercial.

En segundo lugar, la capacidad de presión política de los

desarrollo de la agresividad del imperialismo, el cual, en general, constituye la respuesta del capitalismo al largo proceso de liberación iniciado antes de la guerra en Asia y continuando en Africa y América Latina.

Las intervenciones en Cuba, en el Congo, en Viet-Nam, en Dominicana, las provocaciones contra China, el apoyo y promoción de dictaduras militares, son las expresiones de tal agresividad en la política imperialista de los EE. UU., cuyo objeto es mantener su posición dominante y defender los intereses de las clases que la apoyan.

Dentro del actual proceso político mundial, la existencia de los países socialistas europeos, la de una potencia económica y militar como es la URSS, así como la presencia de China y Viet-Nam en Asia y Cuba en América, representan hechos positivos y favorecen la lucha de liberación de los pueblos colonizados —sin perjuicio de las discrepancias que suscita la política mundial de algunos de dichos países. Cabe mencionar, en este sentido, el concepto de coexistencia pacífica que resume y define la actitud de los países socialistas desarrollados: la convicción de que un enfrentamiento con las potencias capitalistas constituye un riesgo grave, y acaso innecesario porque el proceso histórico en cuanto tal asegura el triunfo del socialismo, se traduce en los hechos en una actitud de debilidad frente al imperialismo, aprovechada por éste para desarrollar sus guerras "especiales" contra los pueblos (3). Varios partidos políticos —y entre ellos la mayoría de los Partidos Comunistas— aplican dicha política de coexistencia pacífica a nivel nacional y con ello debilitan las luchas de liberación. Es evidente que sólo mediante un largo proceso de lucha a muerte con el imperialismo podrán alcanzar los pueblos la liberación y, en consecuencia, sentar las bases para la paz en el mundo.

En la década de los años 60, América Latina asistió a dos etapas en sus relaciones con los EE.UU. La Revolución Cubana, por primera vez en la historia de América Latina, disputó a los EE.UU. un territorio de su zona de influencia. La respuesta del imperio —al mismo tiempo que intentaba aplastar la revolución mediante la presión diplomática contra la reforma agraria, el sabotaje (Le Coubre, incendio de cañaverales), la agresión económica y el ataque militar en Playa Girón— para evitar la generalización del ejemplo de Cuba en el resto del continente, intentó limar algunas de las más tajantes deficiencias del subdesarrollo, y las agudas tensiones sociales que éste engendra, propiciando aparentemente el desarrollo económico latinoamericano.

(3) La URSS y el bloque socialista de países desarrollados propician una política "paneuropea" por medio de acuerdos de colaboración económica y en favor de la paz mundial, con los cuales se trata de distanciar los países europeos de los EE.UU.; los contactos soviéticos con Francia, Inglaterra y los más recientes con Italia e incluso el Vaticano, son síntomas claros de esa política. El mismo sentido tiene la distensión ocurrida en Alemania, indicada por el restablecimiento de relaciones entre varios países socialistas y Alemania Occi-

Si bien el gobierno de J. F. Kennedy postuló como instrumento de ese desarrollo la ayuda a los gobiernos latinoamericanos y la planificación indicativa de sus economías, la administración Johnson puso rápido fin a dicha experiencia y aumentó la rigidez de la tutela de los EE.UU. sobre Latinoamérica. En algunos sectores ha quedado la duda sobre la viabilidad de la experiencia Kennedy. Varios elementos de juicio nos permiten afirmar que, aun cuando hubiera contado con más tiempo, el esquema de crecimiento capitalista propuesto por la primera época de la Alianza para el Progreso tampoco hubiera sido viable. En primer lugar, porque siempre que el gobierno de los EE.UU. intente promover el desarrollo latinoamericano mediante préstamos gubernamentales, enfrentará los intereses de las grandes corporaciones americanas y trabará su política de expansión hacia el sur (4); la experiencia Kennedy no tuvo en cuenta la estructura de poder interna de los EE.UU. y constituyó un desafío a la clase dirigente norteamericana. En segundo lugar, porque siempre que se confíe a los gobiernos de Latino América la tarea de reformar las estructuras, no se tiene en cuenta que los intereses que representan dichos gobiernos se apoyan precisamente en las estructuras vigentes; también en este aspecto la experiencia Kennedy desconoció la estructura de poder de los países latinoamericanos; y en ambos casos pagó tributo a la ficción liberal que da por supuesta la autonomía del poder político, como si los intereses que básicamente representa el estado fueran los públicos y no los de la clase dominante.

Por último, la primera etapa de la Alianza, en las regiones donde tuvo comienzo su ejecución, enfrentó entre sí a los grupos más progresistas de la clase gobernante con los más conservadores. Estos, que constituyen los sectores de partidarios más incondicionales del imperio norteamericano, fueron enfrentados por una burguesía que, radicalizada por la dinámica de la situación, pudo ser considerada nacionalista.

Distintos hechos en diversos países han señalado el fracaso de la burguesía progresista para iniciar procesos de desarrollo capitalista. O bien ha renunciado progresivamente a las posiciones que en algún momento le dieron apoyo popular, para terminar siendo un instrumento de la oligarquía y el imperialismo, o bien ha sido, luego de intentar algunas reformas, en general bastante tímidas, barrida por los sectores militares adictos a los grupos más conservadores. La política de mantenerse a igual distancia del movimiento popular y de los grupos más reaccionarios, sin apoyarse en uno u

dental, distensión utilizada por los EE.UU. para retirar tropas de Alemania del Oeste, con destino a Viet-Nam.

(4) Es significativo notar que los 20 mil millones de dólares prometidos para la 1ª década, fueron muy pronto drásticamente reducidos por el Senado norteamericano, y que lo efectivamente entregado en los primeros 20 meses (julio del 63 - febrero del 64) oscilaba en 90 millones de promedio mensual, lo cual no alcanza a cubrir las pérdidas de L. A. en poder adquisitivo en razón de los bajos precios de las exportaciones de dicha área.

otro, ha terminado siempre dándole el poder a los segundos, que apoyados en el ejército dan el golpe de estado.

Con la administración Johnson, los EEUU se limitan a reprimir el descontento de los países de L. A., a la espera de una conyuntura más favorable de su balanza de pagos que le permita la expansión de las corporaciones monopolistas. Para cumplir su tarea represiva, los EEUU cuentan con la colaboración de la clase dirigente de los países de L. A.: sus gobiernos acompañan la tarea propagandística a que se ha reducido la Alianza Para el Progreso y, cuando es necesario adoptar medidas más drásticas, las camarillas militares que dirigen los ejércitos en gran parte de estos países, establecen gobiernos de fuerza o prohíben la intervención directa de las fuerzas norteamericanas.

Fracasado el esfuerzo desarrollista, las alternativas reales se reducen a dos: la continuación —dentro del esquema capitalista— de la entrega de la economía de estos países a las corporaciones monopolísticas de los EEUU, o la revolución socialista. Las clases dirigentes optan naturalmente por la primera, la cual les permite seguir usufructando de las estructuras más arcaicas, a la vez que comparten con las corporaciones norteamericanas la explotación de algunos sectores de los países latinoamericanos según los métodos capitalistas aportados por estas últimas. Esto no significa, sin embargo, una profunda maduración capitalista de las economías latinoamericanas; para que ello fuera posible, según el esquema desarrollista, sería necesario liquidar trabas sociales que impiden el desarrollo, tales como la incapacidad para ahorrar y canalizar el ahorro conforme al interés nacional, la fuga de capitales, la inflación, etc., lo cual implicaría reformar las raíces de las estructuras en que esas mismas clases dirigentes latinoamericanas se apoyan.

La opción socialista es compartida por quienes no admitimos que el desarrollo económico signifique otra cosa que desarrollo social y atacamos en consecuencia, las condiciones estructurales que impiden esa forma de progreso; por quienes consideramos que eliminar la propiedad privada de los medios de producción es una condición necesaria para que una sociedad se integre; por quienes no admitimos que el egoísmo institucionalizado que significa el ánimo de lucro, sea el motor de un sistema económico; por quienes exigimos transformar la distribución del poder económico, que es la base del poder político; por quienes no admitimos que algún progreso válido pueda lograrse mediante la dependencia o la servidumbre; por quienes advertimos que imperialismo y capitalismo son las dos vertientes de la misma realidad latinoamericana y que enfrentar a la oligarquía es enfrentar al imperio. Contra la miseria, contra la explotación y el sojuzgamiento de los pueblos surgen los movimientos de liberación nacional, continuadores de una larga tradición de lucha antiimperialista en A.L. y representantes del heroísmo y la abnegación de los gestores de nuestra primer independencia. La

Revolución Cubana ha sido y es factor de decisiva importancia en la liberación de los pueblos de L.A. Pero los EEUU no están dispuestos a admitir una nueva Cuba en L.A. y es evidente; en ese marco, el proceso de liberación no se podrá dar a través de hechos nacionales aislados. Debido a esta indisoluble alianza entre las oligarquías nacionales de esos países y el imperio norteamericano, la lucha de liberación debe darse en ambos frentes, y a la integración militar que preconiza los EEUU es necesario responder con la solidaridad y la estrategia común de todas las fuerzas populares del continente. La liberación será entonces un proceso largo, difícil, chocará siempre con la violencia reaccionaria y estará estrechamente ligada a los acontecimientos del sudeste asiático y de Africa. La Conferencia Tricontinental, la Organización L.A. de Solidaridad, la valiente Revolución Cubana y las guerrillas que luchan en el continente, constituyen aportes de fundamental importancia en este proceso. La reciente conferencia de la OLAS, al definir una estrategia revolucionaria continental, e intentar dar unidad de objetivos y métodos a los distintos movimientos antiimperialistas nacionales, constituyen de hecho un avance real en el lento pero seguro derrumbe del imperialismo norteamericano en L. A.

Uruguay es el país de L. A. donde se advierte menos ostensiblemente la acción económica del imperio, debido a dos hechos: la ausencia de materias primas que interesen a los EEUU y la escasa dimensión del mercado interno como factor de demanda. Por otra parte, el sistema jurídico vigente, que permite el total anonimato de los propietarios del capital, disimula la existencia de inversiones extranjeras en los sectores económicos estratégicos, tales como el comercio exterior y el sector financiero. Por el contrario, es cada vez más notoria la mediatización de nuestra política internacional y el servilismo de todos los órganos de propaganda interna (diarios, radio y televisión). Debido a esta presencia disimulada del imperialismo económico, cuyas manifestaciones más claras son el progresivo y asfixiante endeudamiento exterior, los términos de intercambio desfavorables para la lana y la carne, el dominio de los frigoríficos, de bancos, de industrias textiles, etc.; debido al peso que tienen en la formación de la opinión media los órganos de propaganda que sirve al imperialismo norteamericano; debido a la contribución que efectúa la enseñanza, a todos los niveles, para deformar el sentido de nacionalidad (uno de cuyos síntomas consiste en la distorsión del proceso revolucionario artiguista para adecuarlo a los valores vigentes), al enfoque equivocado con que la izquierda ha realizado su propaganda antiimperialista, reducida a la formulación de consignas sin mayor significado para las masas — la lucha antiimperialista en nuestro país debe comenzar por las tareas de información y explicación, tendientes a mostrar la existencia del imperialismo, su vinculación con la oligarquía y el deber de solidaridad del Uruguay con todos los países de L.A.

## IV) Panorama Político Nacional

### A. — LAS FUERZAS DE IZQUIERDA

A pesar de ser Uruguay un país dependiente de centros imperialistas, en el cual se desarrolló un gran movimiento nacional-reformista, las fuerzas de izquierda siguieron tardíamente el ejemplo de otros países latinoamericanos, pues recién alrededor de 1953 se plantearon la necesidad de unificar su acción antiimperialista mediante la constitución de un frente.

Hasta entonces, la falta de estudio de las estructuras económica y social de nuestro país y de la correspondencia de dichas estructuras con el movimiento político real, fue sustituido por esquemas que reflejaban subjetivamente la realidad europea con algunas adaptaciones. Los estudios de la realidad nacional que se efectuaron, estuvieron orientados a confirmar esquemas previamente concebidos más que a establecer conclusiones surgidas efectivamente de la investigación. Este fue un rasgo común a las organizaciones anarquista, comunista y socialista, las cuales, por atender tan sólo y al estilo europeo las contradicciones entre el proletariado y la burguesía, descuidaron impulsar el enfrentamiento con el imperialismo desde un frente común.

A partir del golpe de estado de Terra, cambió este planteo teórico debido a la necesidad de luchar contra la reacción interna y el imperialismo bajo banderas comunes. Pero aún después de realizado formalmente dicho planteo, el frente no alcanzó a convertirse en el centro de la acción política real.

En la década del 30, en efecto, la izquierda comenzó a derivar hacia el electoralismo que en los últimos tiempos caracteriza su acción — tendencia que culmina cuando el Partido Socialista propicia la Unión Popular, discriminatoria, en 1962, y el FIDEL se autoproclama el frente de toda la izquierda en 1966.

La concentración mayoritaria de votos electorales de la izquierda en las listas del Frente de Izquierda, no ha contribuido a superar la dispersión orgánica e ideológica de dichas fuerzas en el país (5). Cuando todas coinciden en pronunciarse contra el imperialismo y la oligarquía y expresan solidaridad con la Revolución Cubana, la causa básica de dispersión parece girar alrededor del criterio para determinar cuál es su tarea política fundamental: crecer cada grupo o conjunto de grupos hasta transformarse en una fuerza política dominante, sea por vía electoral o por cualquier otra que exprese un real crecimiento de su influencia popular; o, por el contrario, coordinar todos los esfuerzos para

construir el frente antiimperialista y antioligárquico, capaz de operar en todos los terrenos y en todas las situaciones.

La política de exclusión que caracterizó a la Unión Popular en 1962 se basa en el primer falso concepto, y también responde al mismo criterio la política de hegemonía electoral del P. Comunista a través del Frente Izquierda en 1966, porque ninguna unidad real de los sectores revolucionarios o proletarios puede lograrse en tanto uno de ellos se autoproclame la vanguardia de las fuerzas populares. Después de 1959 y de la Segunda Declaración de La Habana, después de la Conferencia Tricontinental y de la OLAS, la primera tarea en América Latina y en nuestro país es la de reunir a todos los antiimperialistas en un plan político común.

En función de tal tarea política —la única realmente de izquierda porque impulsa el proceso político hacia adelante— cabe asumir posición frente a otras cuestiones concretas ya planteadas en el país y aún no resueltas, tales como la descomposición política real de los partidos tradicionales, no obstante su fortaleza electoral; la manera de convertir a los votantes pasivos de todos los partidos, en militantes activos del frente antiimperialista; la manera de transformar el permanente descontento contra la estructura, en militancia política capaz de lograr su transformación.

Por no contar con la perspectiva que le hubiera dado la referida tarea de impulsar la lucha antiimperialista y antioligárquica bajo banderas comunes, los planteos políticos de la izquierda han incurrido en una serie de carencias y simplismos que no pueden ser ignorados, como es proclamar, por ejemplo, toda ley laboral, toda conquista parcial de los grupos populares, "gran triunfo" y resultado de la acción de "picana" de los partidos de izquierda; este enfoque ha sido, sin duda, una forma de justificar el electoralismo ya mencionado, y pretende ignorar que ninguna conquista legislativa puede dejar de contar con los votos de los legisladores pertenecientes a los lemas tradicionales (6).

Por el mismo motivo, la izquierda nunca enfrentó a los partidos cobijados bajo los lemas tradicionales con soluciones que conmovieran realmente la estructura económica del país, ni aún en circunstancias en que se cerraron los frigoríficos extranjeros, en 1964 cuando la marcha de los cañeros, y en 1965 cuando se ofreció la oportunidad de luchar por la nacionalización de la banca y la continuación del plan del 6 de abril.

Cuando es claro que los partidos tradicionales (blanco y colorado) sólo existen como lemas electorales que agrupan a varios partidos y fracciones, diversos y diferenciados, con programas, autorida-

(5) Además del Partido Socialista (1905), del Partido Comunista (1921) y del Partido Obrero Revolucionario (1940), existen en el país el Movimiento Revolucionario Oriental (1961), el Frente de Acción Renovadora (1962), el M.I.R., el Movimiento de Unidad Socialista Proletario (1965), el Movimiento de Acción Popular Uruguayo (1965), y el Movimiento de Liberación Nacional (1966), aparte de la Federación Anarquista del Uruguay y de la Alianza Liberadora del

Uruguay, que pueden considerarse herederos de los grupos anarquistas del pasado.

(6) En la Cámara de Diputados de 99 miembros nunca hubo más de 7 diputados de los partidos de izquierda; todos los triunfos y victorias parlamentarias de la izquierda se obtuvieron con los votos de los diputados pertenecientes a los lemas tradicionales: por misera que sea la mayoría requerida para aprobar un proyecto, son necesarios por lo menos 13 votos.

des y disciplina propios, la izquierda contribuye a mantener la influencia político electoral de dichos lemas con un enfrentamiento que no diferencia sectores ni actitudes o programas políticos; ese enfrentamiento indiferenciado no contribuye a esclarecer y a superar la experiencia política real de los votantes de cada sector, partido o lema.

La traslación de votos registrada en diversos períodos electorales, denota en el pueblo inquietud y preocupación política; pero la congelación virtual de la izquierda (7 diputados en 1946, 5 diputados en 1966), indica que sus errores han impedido canalizar en el plano electoral tales inquietudes, las cuales son, por lo menos, potencialmente favorables al programa renovador que la izquierda debiera sostener en la realidad.

La historia política real de los partidos agrupados bajo los lemas tradicionales y especialmente los intereses a que los grupos directivos de los mismos responden, no son de conocimiento de la gran mayoría de sus votantes; pero aspectos positivos de su acción, nacional o local, integran el patrimonio cultural del país en el cual están comprendidas las guerras civiles que se desarrollaron durante 70 años; esas tradiciones constituyen un contenido vivo de la conciencia política nacional, que sólo un infantilismo izquierdista combinado con un cierto desarraigo explica que hayan sido enfrentadas y combatidas indistintamente. La revisión y la crítica histórica por un lado, la diferenciación de los partidos y sectores tradicionales por otro, son obligaciones que la izquierda sólo temporalmente ha cumplido.

En función de la realidad política de hoy, cualquier persona que adhiera a la tradición política de blancos o colorados sin que sus intereses coincidan con los del imperialismo o los de la oligarquía, es un militante potencial del frente antiimperialista. A medida que se agudice la crisis estructural es previsible que dentro de los lemas tradicionales ocurran nuevos desgajamientos y reagrupamientos, cuyo volumen e importancia a los efectos de la constitución del frente dependerá del acierto con que la izquierda resuelva sus tareas políticas en el aspecto táctico, y de la amplitud con que se desarrolle el movimiento popular en todas sus formas: sindical, estudiantil, campesino, etc.

## B — EL MOVIMIENTO POPULAR

Las referidas limitaciones políticas de la izquierda no le impidieron operar como elemento dinámico en la promoción del movimiento sindical, respuesta a los requerimientos reivindicativos más inmediatos de la clase obrera primero, de empleados y funcionarios después. El movimiento sindical se ha transformado en la más extendida forma de participación de los asalariados en la vida política del país. Aunque por su origen los sindicatos no se proponen cambiar el régimen, sino que inicialmente nacen para mejorar las condiciones del asalariado dentro de él, en el caso del Uruguay el movimiento sindical presenta características específicas en cuanto a extensión, definición programática, uni-

dad interna y experiencia de lucha — características que la izquierda debe estudiar profundamente en función de promover el frente antiimperialista y antioligárquico—. La extensión cuantitativa del movimiento sindical y de la influencia de la izquierda en el mismo, puede ser una de las premisas para la renovación cualitativa de la propia izquierda.

A medida que la crisis económica de origen estructural se agudiza, son más amplios los sectores del pueblo que comprenden la necesidad de integrarse en un frente de lucha común con todos los que resultan lesionados por la política oligárquico-imperialista. La mayor expresión real de esa conciencia popular es la existencia de un movimiento sindical extendido a todo el país, combativo e integrado no sólo por los obreros industriales, sino también por los empleados y funcionarios, y con bases importantes entre los asalariados rurales.

La aceptación por ese movimiento de un programa antioligárquico, así como de soluciones nacionales enfrentadas a las que trata de imponer el imperialismo norteamericano por medio del FMI, indica que dicho movimiento tiene los gérmenes para la construcción del frente antiimperialista y antioligárquico. Es necesario recordar que desde 1952 las formas más agudas de la lucha política en el país han girado en torno de la resistencia popular a la aplicación del programa económico del imperialismo y para impedir las tentativas oligárquicas de destruir los sindicatos o de dominarlos mediante los agentes de la oligarquía y los del imperialismo norteamericano (CSU, IUES).

A través de esas luchas se ha progresado hacia definiciones de principios, programas y métodos que abocan al movimiento sindical a una transformación cualitativa que deberá cumplir dentro de la CNT — transformación contra la cual ya se levantan resistencias sectarias de índole diversa.

Por otra parte, la misma extensión del movimiento sindical —demostrada por la participación efectiva de medio millón de personas en paros generales y en el hecho de que toda actividad asalariada existente en la República cuente con una organización sindical— la constante incorporación de nuevos sectores a la lucha, la falta de estudio y transmisión sistemática de las experiencias vividas, son factores que explican la desigual asimilación de esas mismas experiencias, el nivel que alcanza la conciencia sindical y política especialmente en la base del movimiento y la propia disponibilidad de militantes. La declaración de principios, programas y estatutos de la CNT, debidamente asimilados y aplicados, constituyen instrumentos útiles para ayudar al movimiento sindical a colocarse a la altura de sus responsabilidades.

Frente a este movimiento sindical se repite la alternativa de las fuerzas de izquierda antes planteada rivalizar los diversos grupos en el dominio del movimiento o, por el contrario, coordinar todos los esfuerzos para construir, desde la base, una movilización política que se concrete en la incorporación de las masas sindicalizadas al frente antioli-

gárquico y antiimperialista. El esfuerzo realizado desde 1960 en el movimiento sindical por promover un vasto movimiento popular con estas últimas características, el cual llegó a articularse en el Congreso del Pueblo, encontró dificultades derivadas de las mencionadas limitaciones con que las fuerzas de izquierda encaran sus tareas políticas; y el esfuerzo realizado para superar esas resistencias y limitaciones mediante una discusión entre dirigentes, fracasó en la Mesa para la Unidad del Pueblo, la cual no pudo conjugar los esfuerzos de la izquierda en un plan político común ni aún meramente electoral.

## V) Perspectivas de Acción

Según resulta de los diversos aspectos de la realidad nacional expuestos precedentemente, en nuestro país es necesario impulsar la formación de un frente antiimperialista y antioligárquico. La construcción de dicho frente debe ser, pues, la preocupación principal de toda la izquierda.

Las experiencias políticas antes referidas demuestran la necesidad de evitar dos procedimientos igualmente equivocados: el primero consiste en intentar la formación del Frente mediante el solo acuerdo de las diversas organizaciones políticas que componen la izquierda; es necesario descartar que los firmantes se limiten a la tarea de coordinar el acercamiento de dichos grupos dejando librado a la exclusiva voluntad de éstos la constitución del Frente. La experiencia demuestra que la estrechez con que las fuerzas de izquierda han encarado su acción determinaría el fracaso de este tipo de intento o, a lo sumo, la concretación de un frente puramente formal o electoral.

En segundo término, es igualmente necesario descartar un nuevo intento de articular un movimiento popular vasto sin contar con los cuadros de militantes que pueden llevar adelante y cumplir sus objetivos. La experiencia demuestra que la política hegemónica de corto alcance seguida por las fuerzas de izquierda, las llevaría nuevamente a vaciar de contenido activo el movimiento, a atribuirle una función puramente declarativa de las aspiraciones populares y a intentar erigirse, cada una de dichas fuerzas, en el órgano político del movimiento con el objetivo de captarlo.

La creación del Frente depende de los tres factores mencionados: movilización popular por un programa ya definido; acuerdo político de la izquierda antiimperialista para actuar dentro del movimiento popular con un plan político común; y organización de un movimiento libre de características sectarias y aspiraciones hegemónicas.

En el movimiento popular merece especial atención la promoción del movimiento sindical; es necesario estudiar sus características específicas (programa, organización, experiencia de lucha, etc.) para continuar el camino trazado por la CNT en su comienzo; ésta tiene aprobados criterios claros para llevar adelante sus objetivos programáticos y, en consecuencia, es necesario insistir en su aplicación práctica.

En segundo término, merece atención la promoción del movimiento estudiantil, la acción desde la Universidad y en toda la enseñanza, así como el apoyo a todos los medios de difusión que colaboren a cumplir los objetivos indicados; en este sentido, cabe destacar el apoyo que merecen los esfuerzos destinados a la reaparición del diario "Epoca".

En cuanto a las organizaciones de izquierda, es necesario iniciar una discusión amplia con todos aquellos que concuerden en la convicción de la necesidad de crear un Frente antiimperialista y antioligárquico. A estos efectos debe ser revisado el criterio dogmático empleado por la izquierda para establecer sus propios límites, y abrir el Frente a todas las personas y organizaciones cuyos intereses no coinciden con los del imperio o los de la oligarquía.

## VI) Métodos de Acción

El objetivo instrumental del Frente es la formación, movilización y organización política del pueblo, para lograr lo cual es necesario cumplir los siguientes principios:

Primero: La movilización de las clases populares debe estar orientada para que éstas participen efectivamente de un modo cada vez más activo en la lucha antiimperialista y antioligárquica. Una de las principales preocupaciones del movimiento debe ser el acceso a los medios de difusión ideológica; y la de cumplir las tareas de información y explicación a nivel de todos los movimientos populares.

Segundo: Las acciones políticas que se promuevan deben ser representativas del nivel de penetración logrado en el movimiento popular y deben revelar su carácter preparatorio de las acciones siguientes, sin perder de vista la perspectiva general ni la meta final que se quiere lograr.

Tercero: No se debe rechazar a priori el empleo de ningún método de acción política burgués o revolucionario, pero nunca deben subordinarse éstos a aquéllos, ni olvidar el deber de solidaridad real que tiene nuestro pueblo con todos aquéllos donde se practican formas más avanzadas de acción política.

## VII) La Organización que Buscamos

La experiencia personal de muchos de los que participaron en la redacción de este documento demuestra que la militancia política individual sufre de muchas limitaciones en el orden de la eficacia. La acción conjunta en la organización es uno de los imperativos de la hora presente; pero si muchas personas no están integradas a las organizaciones de izquierda, es porque se oponen a su división actual y a la falta de un propósito consecuente de superarla. La eficacia real de una perspectiva revolucionaria se logra en la medida en que es tomada por el pueblo como suya, y para esto es ineludible la existencia de una organización como instrumento de la lucha política e ideológica.

La organización a la que aspiramos no es una finalidad sino un instrumento. El crecimiento y la fuerza de una organización no se miden por el número de sus adherentes sino por la capacidad para desarrollar una actividad que dinamice y oriente el movimiento popular. Dicha actividad, por otra parte, constituye un elemento imprescindible para que la organización pueda definir su estrategia y elaborar su táctica.

La organización debe mantener una permanente revisión autocrítica de su trabajo: la democracia

interna y la ejecutividad o centralismo, deben ser principios aceptados como forma de conciliar la participación de los militantes en la elaboración de las decisiones políticas con la eficacia en la acción.

La organización debe instrumentar los medios para formar a sus militantes y capacitarlos para la lucha política o ideológica en todas sus formas; debe promover la investigación teórica articulada con la práctica política; la formación de militantes debe perseguir esa misma unidad de teoría y práctica.

Octubre de 1967.